

sacerdote lo rehuía, manifestaba en esta negativa su resolución de no reconocer ni acatar las leyes, por lo cual debería ser considerado sospechoso de conspiración aviesa contra la patria libre; quedar sujeto á vigilancia de policía, merecer un destierro decretado á gusto de las autoridades, caer preso por un año en cuanto la desobediencia fuera patentizada, volviendo las iglesias al culto nacional que paga el Estado, quien declara los clérigos constitucionales protegidos por todas las autoridades y por todas las leyes. Malos eran estos decretos por imaginarse los legisladores con facultades coercitivas sobre la conciencia, con poder vivo sobre las almas. Pero, buenos ó malos, no había más remedio que respetarlos y obedecerlos. Y los constitucionales, airados contra las tendencias democráticas, más manifiestas cada día en el Congreso; y la corte cada día más ilusa ó ciega por su apego á los temas pesimistas, hicieron el diablo á cuatro para indisponer al Parlamento con la realeza por motivo del clero. Así levantáronse muchas peticiones formadas por gente conservadora, pidiendo á Luis XVI que negase al decreto la sanción, oponiéndole su regio veto. ¡Dolor de los dolores! Tal veto destinado á reabrir la revolución, era deseo de los constitucionales y conservadores, para destruir la revolución, y de los revolucionarios para exagerarla, caminos todos de ruina y de muerte. Así las cosas públicas marchaban por necesidad á un rompimiento, irreparable de suyo, entre la monarquía y la libertad. Como la fuga de Varennes determinó un súbito cambio de los espíritus conservadores en espíritus revolucionarios, el combate por estas leyes contra clérigos y emigrados trajo todavía consecuencias más transcendentales, pues produciendo á diario un conflicto agudo, produjo y determinó al cabo la pavorosa catástrofe.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-NOVENO

Franciscanos y Girondinos



IMPOSIBLE conocer la revolución francesa en su desarrollo, y con la revolución francesa el espíritu connatural á este nuestro siglo, sin analizar los dos grupos, impulsores capitales del tiempo, que se dilata desde la reunión del Congreso legislativo hasta el terrible momento en que los convencionales se resolvieron á una contra Robespierre, y cerrando con su dictadura, cerraron en los dos capitales sentidos de tal palabra, con la República y la República. Período éste verdaderamente creador de una fuerza impulsora como no la tuvo antes, ni la tendrá después, ningún período histórico, no podríamos explicarnos su electricidad, si no contásemos los condensadores eléctricos diseminados en aquel gran París, capitalidad del género humano desde tales días inverosímiles hasta hoy, por haber bebido el espíritu nuevo embriagándose con sus efluvios, y difundidolo por el mundo sin reposo, primero merced á sus ideas y después merced á sus armas. No existe fase ninguna de la idea humana en el tiempo y en el espacio que no haya sido resultado de otras ideas inspiradas, las cuales á una le dieron luz, y de otros innumerables hechos, los cuales á una le dieron vida. Para que apareciese Cristo un momento en Jerusalén, salvándonos y redimiéndonos, fué necesario que clamaran los desiertos y hablasen los cielos por boca de sus reveladores y profetas; que las escuelas alejandrinas coincidieran en pensamientos y propósitos con los sanedrines judíos; que los Bautistas, levantándose con el alba, previniesen á las gentes, en acecho y atisbo del Salvador, la divina llegada de éste al mundo; que se desarrollase la idea progre

siva dentro de los sistemas filosóficos helenos y el oriental Mesianismo dentro y fuera del seno de Israel; que multiplicara Egipto sus geroglíficos henchidos de ideas, como se multiplican en clara estival noche las estrellas centelleantes de resplandores; que Roma, tras las civiles y sociales guerras, con mano fuerte cerrara el Templo de Jano é impusiera con la paz universal el universal silencio á fin de que pudiera nuestro Verbo revelador oírse, pues cualquier idea, repito, que parece novísima, es el término postrero en una larga serie de ideas, causas misteriosas del movimiento; y cualquier hecho, el más aislado en su grandeza y singularidad, producto y corolario es de interminables hechos anteriores que traen una gran corriente secular. Y lo que decimos del Cristianismo, lo decimos del Renacimiento y de la Revolución, pues si aquél venido de la Edad Antigua, presidió la Edad Media; y éstos, venido el primero de la Edad Media, presidió la Edad Moderna; y venida la segunda de la Edad Moderna, presidió la Edad Contemporánea, todos fueron tan perdurable obra de tiempo en el espacio, que han alcanzado la eternidad. ¿Cuántos productores de las corrientes eléctricas sociales no existían por todo París en esta época? Dejando aparte los salones, grandes condensadores de ideas, pronto convertidas en sistemas, generadores de partidos, y las sociedades, donde á su vez vivían y batallaban estos partidos, cristalizaciones y organismos de ideas también; si miramos los clubs tan sólo, llegaremos á reconocer cómo en cada uno se producía la electricidad bastante para que relampaguearan los espíritus, como relampagueaban; ardieran, como ardían, los corazones; vibraran los nervios como estaban vibrando; y se produjese una exaltación, á la cual los ojos del alma se acaloraban y enardecían para ver ideales nunca vistos antes, cómo crecían y se centuplicaban las fuerzas de los cuerpos. Desde las plazas ó patios del Palacio Real hasta las cuevas ó antros del Colegio médico, extendiase una legión de asociaciones, á cual más exaltada por sus respectivas creencias. En los jardines del antiguo santuario de la familia Orleans podía oírse al Abate Fauchet predicar las alianzas y armonías entre los dogmas católicos y los dogmas revolucionarios dentro del club social; á la puerta del salón de sesiones, donde con tal exaltación y elocuencia del Cuerpo Legislativo deliberaba, podían verse los constitucionales últimos, empeñados en aligar la dinastía borbónica con la Constitución parlamentaria, dentro del club de los Feuillans; no lejos del antiguo monasterio de los jacobinos, podía estudiarse una especie de cofradía religiosa, idolatrando al revelador Rousseau y siendo al profeta Robespierre, aquella sociedad robespierrista que había de cometer tantos espantosos crímenes é iniciar tantas gloriosas empresas; y por la orilla izquierda del Sena un club, cuyos propósitos y pensamientos se revelan al eco de los tres nombres allí soberanos y famosos: Danton, Desmoulins, Marat.

El historiador Julio Michelet, parecido al poeta Victor Hugo en el arte máximo de parear cosas dispares, detiénese ante los sitios donde se reúnen los clubs revolucionarios al instruirnos en sus ideas é industriarnos en sus maniobras. Así como la Medicina

contemporánea nos ha revelado por el microscopio el microbio, y nos ha dicho cómo este polvo invisible de seres vivos, y semejantes á unos átomos animados, se adhiere á las paredes y se disemina por los aires y se difunde por las aguas, ingiriéndose como las particulillas y las moléculas en los cuerpos, también la Historia contemporánea nos ha mostrado cómo las ideas de los grandes institutos históricos gozan una permanencia en el espacio y una inmanencia en el tiempo tan transcendentales, que allí quedan en sus templos, aunque alterados por sus habitantes y por sus fines, como el olor á incienso diluído en las alturas del techo y las cifras ó nombres de los muertos inscritos en las losas del pavimento. Lo cierto es que un dictador, como el jacobino, estudiara en escuela de antiguos jesuitas, y un club, como el club de este fanático, se reuniera en un monasterio de frailes regulares; lo cierto es que perteneciera el terrorista Marat, aquel asesino, á una sala de disección como profesara largo tiempo la cortante cirugía; lo cierto es que revolucionarios más espontáneos, más pobres, más inspirados, más caritativos, los menos quejados de ambiciones insanas y más persuadidos de que no habían menester propiedad ó riqueza ninguna, vistiéndolos y alimentándolos Dios por los métodos del Sermón de la Montaña, se llamaban franciscanos, como aquellos revolucionarios de la Edad Media, que tomaban su toscosayal por una vestimenta de suyo tan hermosa como la que gastan los lirios del campo, se iban por el mundo con las aves del aire, que ni siembran ni cosechan, se van por el cielo, y oponían al blasón antiguo su cristiana humildad y al castillo feudal su capilla pobre y á las guerras incendiarias el fuego de la caridad y al terror del feudalismo una pasión por todas las cosas creadas é increadas, tan tensa y tan viva, que convertía los ángeles en hombres y los hombres en ángeles, á la manera que Cristo bajó á Dios hasta nuestra carne y subió nuestra carne hasta la esencia misma de Dios. Los jacobinos se reúnen sobre las losas, donde afiló Jacob Clemente su puñal regicida, y los franciscanos se reúnen sobre las losas, donde orara por nuestra humanidad entera San Francisco; los jacobinos se asemejan á la orden misma de predicadores, que precediera á los jesuitas, fundara el escolasticismo, y atizara la Inquisición, mientras los franciscanos á la orden que sacó las consecuencias sociales últimas de los dogmas del Evangelio y llevó la democracia cristiana por todo el mundo feudal, haciendo que los siervos se levantaran por el sacerdocio hasta la divinidad, y que se vistieran el sayal de tosca estameña los poderosos y amortajaran en sus burdos paños los antiguos privilegios de la guerra y de la violencia. Los jacobinos aspirarán á la dictadura, los franciscanos á la libertad; el espíritu de aquellos irradiará la idea de un despotismo popular, el espíritu de estos la idea de una democracia libérrima; contarán aquellos en sus filas muchos esbirros y contarán éstos en sus filas muchos pensadores; la fuerza de los primeros estará en su organización que irá extendiéndose, como las compañías jesuíticas, por toda Francia, y estará la fuerza de los segundos en su espontaneidad; los unos dominarán, y los otros redimirán al pueblo; acor-

dáranse los unos del gobierno solamente, y los otros solamente del derecho; establecerán los unos un Estado tan fuerte, que degenerará pronto en imperio, y crearán los otros una individualidad tan poderosa en cada hombre redimido, que no podrá perecer bajo el golpe de ninguna acción; los jacobinos, cuando están en el poder, parece que conspiran, los franciscano, cuando están en el poder, parece que advierten ó aconsejan; y habiendo puesto uno y otro mano en el terror, salen los jacobinos manchadísimos con la sangre que derramarán entonces hasta la última generación, mientras los franciscanos quedan, si no indemnes del todo, menos culpados y maldecidos de la posteridad, por haber contrastado el terror con aquellos gritos de piedad y lavádose la sangre por ellos mismos derramada con aquellas guerra de clemencia que les costaron la vida de un día y les dieron perenne inmortalidad.

Quien visitaba los jacobinos, veía en seguida las comisiones muy de antemano compuestas; las consignas con mucha anticipación dadas; el formulario de una corporación más ó menos misteriosa; las regimentaciones de un ejército disciplinado; el general de la Compañía, como el general jesuíta, dictando su pensamiento en imperiosos mandatos, y ejerciendo su autoridad por visibles ó invisibles ministros; una secta y un Pontificado siempre; mientras nadie veía en los franciscanos, más espontáneos, ninguna organización y ninguna disciplina, cánones de dogmas cerrados ú ordenanzas de regimientos espirituales y sectarios fanáticos; encontrando sólo aquí, al revés de allí, el individuo abandonado á sí mismo, que pide y toma sobre la dirección de los demás individuos aquella parte del natural poder, á que le dan derecho su inspiración, su mérito, sus servicios. El jacobinismo crea en seguida, como un clero, sus categorías; y habiéndolo sacrificado todo á la igualdad, cuenta jacobinos de ropa corta como los jesuitas, unos; como apóstoles y discípulos predilectos, otros; como vulgo seglar apartado del santuario, é incapaz de administrar los Sacramentos, muchos; en una parte los políticos que se creen con superior derecho á tratar del Estado y del gobierno, en otra parte los jornaleros adscritos á la beneficencia y al socorro; mientras los franciscanos se juntan, como las olas al azote del viento, y se retiran cuando callan las ideas ó cesan los entusiasmos, parecidos á elementos naturales emancipados de toda fórmula convenida é incapaces de servir á ninguna consigna personal. El club de los franciscanos tenía en el lado suyo intelectual ventajas de que carecían los jacobinos; contaba con oradores de soberano impulso, como Danton, quien jamás escribió una línea; publicistas de sal ateniense, como Desmoulins, que nunca perdonó á ningún enemigo de su escuela ó de su idea; furiosos también por dementes, como el carnicero y carnívoro Marat. Aunque formaban una familia y vivían cerca de las capillas y de las cuevas franciscanas, donde se reunieron siempre sus adeptos, nada en común hacían; y, por no hacer nada, ni siquiera un periódico. La persona más extraña y singular del club era ciertamente Legendre, quien, desde los mataderos de una carnicería, se levantara con aliento á las tribunas

de los Congresos y á las mesas de los clubs. No tenía cultura literaria ninguna, estropeaba el francés á su gusto, dándole sabor de su oficio, pues metía el cuchillo así por la Sintaxis como por las reses; y le oían hasta los más literatos, por el valor moral, por la franqueza ruda, por la sinceridad espartana. Aunque la elocuencia de Danton fuera siempre muy personal, repetición de los latidos del grande sentimiento suyo, Legendre se creía su discípulo, y se conformaba con parecerse á un eco de su voz en los discursos de fuerza é impulsión. Habiendo sido grumete allá en la juventud, se acostumbró á las tempestades fragorosas del mar, cuando entró, impelido por su corazón, en las tempestades del alma y en las revoluciones de su tiempo, más fragorosas todavía. Rico en su oficio, perdió toda su riqueza en la política. Fué, pues, generoso, y cual generoso imprevisor. Arbol sin cultivo, su inteligencia daba frutos con acerbidad y sin madurez. Cuanto le pudo dar naturaleza, lo retenía; para estudiar y educarse le faltó no deseo, tiempo, en aquella sociedad tan impetuosa y tan arrebatada. Sin embargo, siempre que, tras las pirotecnias de ideas artificiales, comunes á los cuerpos deliberantes, aquella su explosión de afectos estallaba, todo el mundo le oía con atención, y los suyos le prestaban frecuentemente más asenso que á sus jefes y á sus maestros. Voz estentórea, pulmones incansables, garganta como de forja, fuerza muscular de primer orden, gestos y ademanes extraños, y el relampagueo de alguna súbita inspiración.

Tal orador caracteriza bien los franciscanos, porque pertenece al pueblo con quien estaban éstos en perpetua comunicación, y porque personifica la constante, la porfiada, la tenaz acción revolucionaria en toda su fuerzapropia y con toda su nativa ingenuidad. Alcanzó modesta, pero desahogada fortuna; la perdió por el pueblo. ¡Ningún provecho, ningún interés, de cuantos le pasaran entre los pies, aprovechó! Sus enemigos, en aquella guerra civil espantosa, donde las lenguas y las plumas precedían á los fusiles y á los sables, decían que se arremangaba, como buen carnicero, para escupir descaros; que procedía con los argumentadores contrarios como con las reses los matarifes; que salpimentaba las arengas con refranes sandios y juramentos soeces; pero si un gran sentimiento le atravesaba el corazón y las agitaciones de un auditorio numeroso le circuían, elevábase hasta lo sublime, y fulminaba con rayos de santa indignación frases de verdadera elocuencia. Su rudeza, la falta de literaria cultura, la nativa ignorancia, le sirvieron para distinguirse de sus contemporáneos, pues no hay mal que por bien no venga. Legendre acaso es el único entre los oradores del tiempo que no cita los escritores clásicos, que no remeda el sarcasmo de Aristófanes ó la grandilocuencia de Tulio, que no trae á cuento versos latinos, que no huele al aceite de las viejas lámparas escolares, que no adolece del artificio de los temas retóricos, resaltando, por su brutal franqueza y por su ingenua sinceridad, entre todos los oradores y todos los partidos. La palabra no es su fuerte; su fuerte es el acto. Con un grito, á veces, llega el ingenuo hasta conjurar los mayores daños. Con un